

Emmanuel Carrère: el lugar donde no se miente

A Carrère, uno de los escritores sin duda con más talento de nuestros días, y esto no es una frase hecha, sino que es radicalmente cierto, como hablar en Estados Unidos de Philip Roth o en Rusia de Bulgákov, le gusta el vértigo de los extremos, de los contrastes, y uno de ellos sin duda es el título de su último libro aparecido, después de seis años, *Yoga*. En él, el lector va a presenciar inmediatamente, como pocas veces en la trayectoria de este autor, el relato de un brutal y descarado descenso a los infiernos. El relato acerca de un atroz y devastador periodo de profunda depresión por parte de un narrador fuera de todos los cánones, muy conocido y venerado no solo en su país de nacimiento, Francia, sino a lo largo y ancho del mundo hispánico. Premio FIL de Lenguas Romances en la Feria del Libro de Guadalajara, reciente Premio Princesa de Asturias de las Letras, en esta ocasión Emmanuel Carrère (París, 1975) se desnuda ante el lector más violentamente que otras veces si cabe. Como es costumbre en él, se ayuda de forma formidable y realmente inspirada por el filtro constante de un humor negro más desatado que nunca en esta ocasión y de sus no pocos desternillantes autosarcastismos. Unas autocríticas despiadadas, que no suenan como en otros autores en absoluto a poses relami-

das, y que en la literatura francesa bien se podrían igualar a algunos momentos apoteósicos y geniales del *Diario* de Jules Renard.

El muy autobiográfico Carrère, para el que la literatura es «el lugar donde no se miente», nos narra en esta obra cómo un depresivo cíclico como él, aquejado de lo que tradicionalmente siempre se denominó «psicosis maníaco-depresiva», es diagnosticado de repente, tras tantos años de crisis periódicas, como bipolar. Se trata de alguien con una iracunda tendencia a la autodestrucción, aquejado de melancolías profundas e inexplicables, surgidas en momentos aparentemente plácidos, o al menos «pacíficos» y no exageradamente inmersos en batallas personales descomunales. En periodos como el que menciona varias veces en este libro —una elipsis que, elegantemente, no detalla más— «de los diez mejores años de mi vida». Ese periodo fue bruscamente interrumpido y lo llevó seguidamente a ser hospitalizado durante cuatro meses, sometido a electroshocks y a durísimas terapias. Un periodo de confinamiento, de sufrimiento indecible, en el que llegará a clamar por la eutanasia. Una no tan insólita petición en los presuicidas que un médico, fiel cumplidor de reclamos verbalizados por sus pacientes en pleno delirio, le llegará a plantear muy seriamente a la hermana de Carrère: «Su hermano ha formu-

lado una petición de eutanasia ¿qué hacemos?».

«Han sucedido muchas cosas imprevisibles, algunas terribles, entre mi proyecto inicial de escribir un librito risueño y sutil sobre el yoga», dirá Carrère hacia el final de su libro-tsunami que campea por febriles tempestades interiores entremezcladas sin cesar de «cosas imprevisibles». Como siempre sucede nada más empezar algunos de los libros de este fantástico escritor que es Carrère, una fabulosa y adictiva montaña rusa o noria incontrolable de narraciones encadenadas unas a otras se pone en marcha. Su temporada en un aparentemente plácido retiro, dentro de un centro muy estricto de meditación y de «Noble Silencio» («desconectado de todo e inaccesible») dará paso enseguida a una avalancha enloquecida de sucesos. De forma más relajada, o más vertiginosa e intensa, esta avalancha se pondrá muy pronto a escupir historias, gente conocida y amigos desaparecidos, lecturas de poemas de Catherine Pozzi «cruce raro y fulgurante de Simone Weil y Louise Labé», relatos fantásticos como *La mosca* leídos con fervor en la adolescencia, insólitas pasiones mantenidas en el tiempo donde uno apenas sabe nada del otro, viajes a Irak en busca de un Corán escrito con la sangre de Sadam Hussein, o comentarios sobre obras suyas publicadas anteriormente. Una cadena de narraciones, imposible de dejar a medias, de pasar página, que el lector de libros admirables como *Una novela rusa*, *Limónov*, *El Reino* o *De vidas ajenas* reconoce inmediatamente, arrastrado y devorado por ese ritmo

brillante y frenético, hoy día tan único como inimitable.

«Ya que hay que empezar por alguna parte el relato de aquellos cuatro años en los que intenté escribir un librito risueño y sutil sobre el yoga –dirá Carrère nada más empezar esta obra de nuevo inclasificable y sin género– afronté cosas tan poco risueñas y sutiles como el terrorismo yihadista y la crisis de los refugiados, me sumergí en una depresión melancólica tan grande que tuvieron que internarme cuatro meses y, por último, perdí a mi editor, que por primera vez desde hace treinta y cinco años no leerá un libro que yo he escrito». Un primer lector de sus libros, un amigo y cómplice insustituible, Paul Otchakovsky-Laurens (fundador de la selecta y muy prestigiosa P.O.L.) que Carrère retrata en uno de los capítulos más emocionantes de su libro. Un libro que, por otra parte, no carece de ellos, ya sea a la hora de plasmar a su amigo de largas caminatas por la montaña, Hervé Clerc, a su igualmente añorado Bernard Maris muerto en el atentado de Charlie Hebdo o a solitarios personajes, acarreadores de misterios y de sombras negras como las suyas que nunca lo abandonan, como esa fugaz Erica de la isla griega de Leros, que ejerce de tutora y madre sustituta de un ramillete de adolescentes afganos refugiados y abandonados a su suerte, a la espera de un futuro prometido, tras largos y dramáticos viajes emprendidos, llenos de peligros.

«Mi trabajo es el bastión de mi ego», dirá Carrère, en una de las muchas y excelentes páginas dedicadas a su trabajo como escritor, que salpican, una

y otra vez, este libro. Un trabajo que le ha enseñado, ayudado de la práctica continuada del yoga durante años, «a habitar ese yo inhabitable». Los que practican las artes marciales, el taichí o el yoga lo saben: «Se trata de erosionar el ego, la avidez, el espíritu de conquista y de competición, de educar la conciencia para darle acceso a la realidad sin filtro, a las cosas tal como son». No es de extrañar pues que a este ejercicio y disciplina, la meditación, que lo había mantenido con vida muchas veces, Carrère decidiera dedicarle un homenaje en la forma de «librito risueño», tranquilo, no marcado por tragedias. Un librito que se

vería enseguida fantásticamente atravesado por muchas más cosas. Y un libro que, de nuevo, su amigo y editor fallecido en un desgraciado accidente en 2017 comprendería más que nadie: «Paul no practicaba ni meditación ni yoga, pero cuando le hablé de mi proyecto de libro sobre el yoga, en vez de encogerse de hombros con una perplejidad vagamente irónica como hicieron la mayoría de mis amigos mostró la curiosidad más viva y la menos apática». —MERCEDES MONMANY.

Emmanuel Carrère, *Yoga*, trad. de Jaime Zulai-ka, Barcelona, Anagrama, 2021.